

**Julio Ortega, Elena del Río Parra, eds.**  
**“El Aleph” de Jorge Luis Borges. Edición crítica y facsimilar**  
**México: El Colegio de México, 2001**

Gracias a este esmeradísimo esfuerzo editorial del Colegio de México, los estudiosos de Borges cuentan desde ahora con una edición facsimilar totalmente asequible del célebre manuscrito de “El Aleph”. El volumen cuenta con 113 páginas divididas en 6 secciones.

En la primera sección (Prólogo y “Nuestra edición”), los editores señalan que, a pesar de lo mucho y valioso publicado con ocasión del centenario, no se hizo ningún trabajo de edición crítica, sino que se reprodujeron las erratas de las ediciones existentes. El volumen se presenta así como el primer intento de establecer un texto de Borges a partir de su manuscrito, en una edición crítica, a la vez que como una lectura filológica e histórico-literaria de ese cuento que revelaría –en su extrema condensación– todo el proyecto literario de Borges. La edición se basa en el manuscrito de 1945, regalo del autor a Estela Canto, adquirido en 1985 por Biblioteca Nacional de Madrid en el remate de Sothesby’s. La BNM ya había publicado ese manuscrito en edición facsimilar en 1989, acompañado de la primera impresión del cuento en *Sur* (Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares, 1989). Los editores señalan que ese manuscrito fue “comentado” por P. Bernés en 1993, en la edición francesa de las obras completas, y que esa edición “a pesar de no verse incluida en una edición crítica”, era hasta hoy la única que, sobre la base del manuscrito, anotaba el texto. De la que aquí nos ocupa, reconocen que podría mejorarse con una “lectura genética” del cuento cuando la “familia textual” esté disponible. Esa familia textual no está completa todavía ya que falta recuperar el cuento que mecanografió Estela Canto y que sirvió para componer la primera impresión en *Sur*.

La segunda sección contiene las 21 páginas del “Facsimil”. La reproducción es de una calidad irreprochable. La pequeña escritura desligada y clara de Borges, las tachaduras, los esquemas, las añadiduras marginales, se ofrecen generosamente, sin tapujos, procurando al lector la venturosa ilusión de participar al nacimiento de la obra.

La tercera sección contiene la “Edición crítica” propiamente dicha. Las páginas aparecen divididas en dos columnas: a la izquierda, figura el texto publicado por la editorial Losada en 1949 y, a la derecha, se señalan en forma clara las diferencias, incluyendo algunos cambios que esa edición aporta a la de 1945 aparecida en *Sur*. Los editores apuntan, además, las opciones consignadas en el proceso de escritura del cuento: variantes no incorporadas, comentarios, notas de Borges, resúmenes, fusiones; descifran un considerable número de tachaduras, divergencias en la puntuación, opciones aceptadas y desechadas. También toman decisiones sobre erratas, en casi todos los casos restituyendo la escritura del manuscrito. Paradójicamente, la ventaja de poder “mostrar” que tiene esta edición con respecto a la de Bernés, que sólo puede “decir” (y que aquí es calificada de “descriptiva y sólo parcialmente crítica”), no necesariamente redundante en un mayor grado de valor crítico.

A partir de las “Notas”, que configuran la cuarta sección, el rigor crítico de la empresa se hace cada vez más dudoso. Presentadas como “anotaciones de carácter histórico-literario” para reconstruir los “contextos del relato” y las fuentes y alusiones, las notas incluyen información de distinto tipo: desde datos sobre nombres de escritores mencionados en el cuento (Hobbes, Storni ..., fechas de nacimiento y muerte, títulos de obras...), nombres de personas de la sociedad

argentina de la época, familiares de Borges; nombres de lugares de Buenos Aires (¿por qué sí la calle Garay y no la calle Soler?) o más lejanos: su ubicación y eventualmente papel histórico (Queensland en Australia, el río Ob de Siberia, Querétaro, ... ¿por qué Santos y no Fray Bentos?); posibles relaciones de la trama con la vida de Borges; comentarios de Borges sobre “El Aleph” en entrevistas; contienda anecdótica con Harold Bloom, recomendación de bibliografía sobre temas parciales; comentarios sobre cuestiones retóricas, estilísticas, estrategias narrativas; notas léxicas: “volver tarumba” o “epítome”, que cualquier lector puede encontrar en el Diccionario de la Real Academia, o la traducción del término *Mengenlehre*. Sin contar la nota bibliográfica sobre un pintor a quien, como a uno de los personajes de “El Aleph”, le cayó en suerte llevar el apellido Daneri (dicho sea de paso, la guía telefónica argentina consigna 405 entradas “Daneri”). A esta altura los editores parecen haber perdido de vista dos nociones importantes: la de la naturaleza de las anotaciones a una edición crítica, y la del lector implícito de dichas notas: las ignorancias que se le suponen (Ezequiel, Procasto, Goldoni, Musset, Leviathan) no se armonizan con la cultura básica que se le presu-pone a un rastreador de ediciones críticas y manuscritos.

Si la sección “notas”, aunque aquí parcialmente malograda, ocupa un lugar indiscutible en la edición crítica de un manuscrito, la pertinencia de la quinta sección –“Lecturas” (una “selección de opiniones críticas como muestra de las diversas lecturas suscitadas por el cuento”)– se vuelve totalmente cuestionable. Sin objetar para nada la autoridad de los autores de los conocidísimos fragmentos presentados, no se ve claramente en qué constituyen un aporte a la “edición crítica” de un manuscrito. Se trata de los textos siguientes: Emir Rodríguez Monegal, “Belle Dame sans merci”, de *Jorge Luis Borges. A Literary Biography* (1978, en inglés); Roberto Paoli, “Ambigua Beatriz”, de *Persorsi di Significado* (sic) (1977, en italiano); Daniel Devoto “Aleph et Alexis”, de *L’Herne* (1964, en francés); Maurice Blanchot, “El infinito literario: El Aleph”, de *El libro que vendrá* (1969, en traducción al español); Saúl Sosnowski, “La Cábala”, de *Borges y la Cábala*, (1976, en español).

Pero donde la empresa parece haber totalmente olvidado el afán crítico es en la inclusión de dos textos atribuidos a Borges. Del primero –“El Aleph”, de J. L. Borges– sólo se señala que es un “Comentario de Jorge Luis Borges para la traducción al inglés de 1970”. Ningún otro dato (la lengua original, por ejemplo) que permita, al menos, citarlo correctamente. El segundo es una conferencia póstuma (“Mi prosa”) de la que se da como primera y única fuente *La jornada semanal*, México, 16 de junio, 1996, y se señala entre paréntesis que es de 1973. Ninguna precisión sobre los orígenes acompaña a este texto, que se ofrece, así, como la transcripción ciega del texto de un periódico popular. Quien consulte *La jornada* de ese día sólo se enterará de que se trata de una de dos conferencias que Borges dio en 1973, sin más precisiones. Pero hay más. La conferencia en cuestión es sin duda excelente, y aborda en forma extensa un análisis de “La carta robada” de Poe. Ahora bien, ni la revista mexicana ni los editores de este volumen parecen recordar que el célebre detective de Poe se llama Auguste Dupin y no Dupont (detective de *Tintin*), como le hacen decir a “Borges” a lo largo de toda la conferencia<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> En realidad, el texto de *La jornada semanal* de 1996 reproduce hasta en los errores (sin mencionarla) la versión que cuatro años antes publicaron los *Cuadernos Hispanoamericanos* en su número triple consagrado a Borges (505/507, 1992), número que, por otra parte, figura en la bibliografía del libro aquí reseñado. Una larga nota explicativa de la dirección de *Cuadernos* situaba con toda precisión el origen del texto. Reproduzco parte de esa nota: “En el año 1973, el poeta Luis Rosales, entonces Director de Actividades Culturales del Instituto de Cultura Hispánica, organizó un ciclo llamado «La literatura hispanoamericana comentada por sus creadores». (...) El primer

La sexta y última sección, consagrada a la “Bibliografía”, participa de la ausencia de criterios de selección y ordenamiento en la que ha ido progresivamente cayendo esta edición. Curiosamente, el manuscrito original de “El Aleph” (y no sólo el facsímil) figura entre las “principales ediciones y traducciones de “El Aleph”. Son mencionadas, además, dos traducciones del cuento (o del libro que podría contenerlo) al inglés, una sola al alemán, una italiana, una portuguesa, una catalana, una francesa, una coreana, una polaca... pero nada sobre la traducción rusa, la china, la danesa, la holandesa, la rumana, la reciente brasilera...

Resulta igualmente difícil adivinar el criterio que ha guiado la selección de “estudios”, que ocupan cuatro amplias páginas de la bibliografía. En una edición crítica, lo adecuado hubiera sido señalar sólo los estudios que aportan información o reflexión sobre la edición del texto. Uno puede preguntarse, por ejemplo, el porqué de la presencia en la bibliografía de los 7 volúmenes de la concordancia de Isbister & Standish, (que consiste en el ordenamiento alfabético de cada palabra de algunas obras de Borges) y de la ausencia del libro de Vicente Sabido *Concordancia de El Aleph* (Granada 1990) o, más extraño aún, la de un título que lleva por autor, casualmente, a uno de los editores (Elena del Río Parra), y como título, “El manuscrito de ‘El Aleph’: la forma del universo y otros esbozos textuales” (*Insula* 631-632, julio-agosto 1999). Prosigamos: mientras otro de los editores (Julio Ortega) calla su propio artículo “El Aleph y el lenguaje epifánico” (varias ediciones, 1999), el lector se pregunta si ha sido verificado el título, los datos de edición y sobre todo el contenido del libro *Borges, el Aleph y le male frances* (sic) de Darinka. Finalmente, ¿por qué es pertinente para la edición crítica de “El Aleph” todo un número doble de la revista *Anthropos*, o la biografía de Borges por Woodall, y no el estudio de Vera Gerling “Interpretar la obra de Borges: El Aleph en traducción alemana entre 1959 y 1992” (1996)?

A pesar de esos puntos débiles, la aparición de este volumen debe ser saludada como un momento importante en la historia editorial de las obras de Borges, particularmente por las 21 páginas consagradas al facsímil.

*Cristina Parodi*  
*Buenos Aires*

---

escritor que acudió a esa cita con sus lectores en Madrid fue Jorge Luis Borges. Pronunció dos conferencias en dos tardes sucesivas (24 y 25 de abril de 1973), que fueron, obviamente, memorables. Aquellas dos conferencias, grabadas y posteriormente mecanografiadas, se publican ahora por primera vez. (...) sólo en algún caso hemos renunciado a algunas palabras cuando una frase no había sido enteramente recogida por la grabación, debido a aquella peculiaridad de Borges de otorgar a veces una intimidad a su discurso que casi llegaba al silencio. Salvo estos leves accidentes, los textos presentes nos llegan directamente desde la opulenta capacidad de improvisación del maestro” (51-52). Los lectores de Borges –que conocían ese texto desde hace 10 años– deberán seguir esperando con paciencia, si no una edición crítica, al menos una desgrabación correcta.